

tuviesen oro. Acariciaba inconsciente, con la mano fina y larga, su barba rizada.

—Háblanos más, Rabí, cantó una voz dulce. Fué como si una flecha de oro hubiera rasgado aquel silencio henchido de meditaciones que, como un velo de seda, flotaba en la sala espaciosa.

—Háblanos más, dinos frases tan consoladoras como aquellas con las que los tristes en una ocasión: — «las aves del cielo no siegan ni allegan en alfolíes, y nuestro padre celestial las alimenta» — «Los lirios del campo no trabajan ni hilan y ni aun Salomón con toda su gloria fué vestido como uno de ellos». — Sigue, Rabí, y yo cerraré los ojos y soñaré que el viento que murmura misterioso entre las palmeras y los cedros, nos habla con su voz grave y armoniosa como la tuya. — Quisiera oírte siempre, Rabí! — Ah! si supieras! — Tus enseñanzas han florecido en mi alma...!

Fué María, la hermosa pecadora, quien así dijo.

Descansaba en un asiento bajo. Tenía su soberbia cabeza levantada hacia el maestro y en sus ojos tranquilos, hermosos, había un destello de adoración.

Jesús la miró. La energía que brillaba en sus pupilas se endulzó como al contacto de una caricia.

La voz serena, de modulaciones extrañas, que hacía correr por las almas corrientes exquisitas, pobló la gran sala y fluyeron de los labios del maestro las frases como bálsamos amables. Habló del reino de su padre donde todos son iguales, donde todos son felices, donde todos se aman.

Marta la diligente, trajinaba afanosa, y no se quejaba al maestro de la indolencia de su hermana como lo hizo en un día ya ido, porque sabía que él la excusaría, como lo hiciera entonces.

Jesús dejó de hablar. Quedó meciéndose en la espaciosa sala el eco de su voz, como humo aromoso de incienso quemado en un pebetero de oro.

Los que allí estaban tuvieron la ilu-

sión de que sobre la brisa se iban flotando sus palabras como rosas de luz.

¡Oh, Rabí! murmuró María — eres bello, eres dulce, eres grande! — Mi alma te reconoce por el hijo de Dios. — Para mí eres un Dios!

Se prosternó á sus plantas. De entre sus vestidos sacó un frasco de unguento de nardo, ungió los pies de Jesús y luego los enjugó con la banda de seda de sus cabellos blondos. El perfume enervante del nardo se extendió en oleadas por toda la habitación.

Jesús no se movió. — Sus ojos profundos la contemplaban ansiosos, llenos de amor.

— ¡Oh, mujer! susurró acariciador. Su mirada besó la frente admirable que yacía á sus plantas como un altar caído, de mármol.

En la sala, de paredes azuladas había ahora un silencio extraño, lleno de ansia, de curiosidad.

Todos los miraban sorprendidos; sólo Juan el impoluto, el hermoso y amado discípulo, sonreía dulcemente.

Seca, dura como un martillazo, la voz de Judas el hijo de Simón, deshizo el encanto:

— «¿Por qué no se ha vendido este unguento por trescientos denarios y se dió á los pobres?»

El Rabí miró á su derredor, como si despertara de un sueño. Pasó su mano por la frente pensativa y se estremeció. Venía del país encantado, del país del amor. Todas las cabezas que se levantaban en torno suyo le recordaban su misión dura, penosa, á la que estaba prohibido el ensueño erótico, que robaría energías que los tristes necesitaban.

Habló con acento lleno de dolor: — «¿Por qué dáis pena á esta mujer porque ha hecho esta buena obra para conmigo?»

De cierto os digo que donde quiera que este evangelio fuere predicado, también será dicho para memoria de ella».

Sus ojos melancólicos, llenos de amor, contemplaban la gloria de oro que acariciaba sus pies de caminante.